



## EL ABRELATAS

Nadie quiere creer, cuando me vende este abrelatas, que empecé modestamente con un modelo pequeño de «El explorador español». Apenas dos hojalatillas fuertes con una charpela. Y —lo que es la ignorancia— estaba tan contento con el aparato, porque la verdad es que abría muy bien las latas y era barato, portable y pequeño. Gracias que alguien me abrió los ojos: «Mira, hay unos abrelatas, tú, que los pones así en la pared, pones la lata una cosa así, le das vueltas a la manivela que trae y se queda la lata abierta que es un primor». Le dije que bue-

no, por quitármelo de encima, que mandara uno de los que él representaba. Lo instalé y bien...

Hasta que en televisión un tío europeo me desveló la existencia de un abrelatas con motor y no pude descansar hasta que fue mío. Se enchufaba, rulaba y fuera lata. Cuando decían en la tele: «Use el abrelatas europeo», yo me decía a mí mismo: «Lo tengo», y me llenaba de orgullo contarme entre ellos. Luego, por sorteo entre los usuarios, me tocó ir a un congreso del ramo y allí vi maravillas y decidí comprar el primer modelo americano que tuve. Era un modelo que ellos llamaban «compacto», porque ocupaba como un televisor: se metía la lata por una ventanilla lateral, cualquiera que fuera su tamaño y forma, y salía abierta y

con los bordes doblados por otra frontal en cuestión de segundos...

Con el modelo «compacto» y sus instrucciones me dieron un folleto explicativo del modelo más grande y otro referente al modelo De Luxe, que era la repera: con un frente cromado maravilloso, una ventana de admisión rebordada con metal dorado y una estatuilla en la parte de arriba que me parece que era la Fama o alguien. Admitía media docena de latas de cualquier tamaño y forma y las despachaba en unos tres segundos. Al salir, ya abiertas, por «take-off» sonaba una hermosa marcha por dos columnas estereofónicas que iban adosadas a los lados. Si se quería cambiar la música, unos botones de marfil servían para escoger otra pieza diferente, según el gusto y el ánimo del usuario. Tuve que vender algunas fincas y hacer independientes a mis hijos de catorce y die-

ciséis años para usar su habitación, pero allí quedó instalado, iluminando mi casa con su imponente belleza.

Yo era universalmente conocido ya. Por eso, cuando la **Puerto Rican Canopener Company** sacó su modelo **Princess**, mandaron a verme a uno de sus más sagaces, astutos y persuasivos vendedores. No tuvo que esmerarse mucho: desde mi caseta de perro, abandonado por mi mujer, en quiebra, contemplo con arrobo las altas columnas de acero inoxidable de mi abrelatas. No hay nada igual: sonido cúbico, avisador musical trifrecuencia, doscientas veinte latas de capacidad horaria, molinillo de café, etcétera, etcétera... Por eso me miro en el trozo de espejo que uso y pregunto a mi propio rostro macilento: «¿Te acuerdas cuando usábamos "El explorador español"?». Y rompo a reír a todo trapo...

GOLIAT

